

## El redimensionamiento de las ciudades: la globalización y el urbanismo neoliberal

Neil Smith

Cuatro acontecimientos ocurridos en la ciudad de Nueva York a finales de los años noventa reflejan muy gráficamente las diversas formas en que el cambio político y económico mundial impulsa una nueva geografía urbana. Estos acontecimientos tenían que ver con el capital, la reproducción social, el control político sobre el espacio urbano y los cambios que afectan al poder que desempeñan las ciudades en el contexto de la economía mundial. Considerados en su conjunto, estos acontecimientos expresan la importancia del «nuevo urbanismo» que ha traído consigo la nueva globalización. El primero de ellos afecta al poder —en proceso de cambio— de los gobiernos urbanos en el contexto de la denominada globalización. En 1997 el irascible alcalde Rudy Giuliani, furioso por el desprecio con que los diplomáticos de las Naciones Unidas parecían mofarse de las leyes locales sobre aparcamientos, y considerándoles culpables en gran parte de la paralización del tráfico en Manhattan, amenazó con ordenar que la grúa comenzase a llevarse los coches con placa diplomática que no estuviesen bien aparcados. El alcalde, que había sido abiertamente ridiculizado por sus políticas de represión a pequeña y no tan pequeña escala en relación con su «campana de tole-

NEIL SMITH

rancia cero» —la gente solía llamarle «Benito» Giuliani—, estaba igualmente furioso con el Departamento de Estado de Estados Unidos por su aparente capitulación ante las fechorías de la ONU en los aparcamientos. Tal vez ha llegado el momento, bramaba Giuliani, de que la ciudad de Nueva York tenga su propia política exterior.

### I. El redimensionamiento de las ciudades: la globalización y el urbanismo neoliberal

La segunda serie de acontecimientos tuvo lugar el verano siguiente y guardaba relación con la reproducción social de la fuerza de trabajo urbana, en particular con la educación. Al mismo tiempo que los responsables de muchas empresas neoyorkinas se lamentaban con amargura de las deficiencias que presentan las escuelas de la ciudad y del bajo nivel de preparación que tienen los estudiantes al finalizar sus estudios, el Comité Municipal de Educación hizo públicas sus previsiones, según las cuales faltarían profesores para el siguiente curso escolar (1998-1999). Dado que los profesores escaseaban sobre todo en matemáticas, el Comité, que aparentemente era incapaz de encontrar profesores locales que tuviesen una preparación adecuada, importó cuarenta jóvenes profesores de Austria. También tuvo que solucionar la carencia de profesores de español, por lo que, en una ciudad con más de dos millones de hispanohablantes nativos, se decidió importar profesores de español de España<sup>1</sup>. Más o menos en aquel mismo período se anunció que el Departamento de Poli-

<sup>1</sup> STEINBERG, Jacques. «Low on Teachers, New York Scours Austria», *New York Times*, 11 de julio de 1998, A1; ARCHIBOLD, Randal C. «Teachers Imported from Spain to Teach Spanish in the Bronx», *New York Times*, 2 de septiembre de 1998, B2; PRISTIN, Terry. «Business Leaders Criticize City's Schools», *New York Times*, 28 de agosto de 1998, B3.

cía de Nueva York se encargaría de la seguridad en las escuelas de la ciudad, por encargo del Comité Escolar Municipal. A finales de 1998 se produjo el tercer acontecimiento relacionado con el papel del capital en la ciudad. El alcalde Giuliani anunció un descomunal «regalo de Navidad» para las élites capitalistas de la ciudad. En respuesta a las «amenazas» de trasladar la Bolsa de Nueva York hasta Nueva Jersey dos o tres kilómetros más arriba del río Hudson, el alcalde anunció una subvención fiscal de novecientos millones de dólares con el pretexto de que así la Bolsa se quedaría en la ciudad<sup>2</sup>. Se trataba sencillamente del último y el mayor de una serie de «geosobornos» pagados por la ciudad a las corporaciones mundiales. La subvención incluía cuatrocientos millones de dólares con los que el Ayuntamiento y el Estado de Nueva York construirían en Wall Street unas nuevas oficinas de 60.000 metros cuadrados para la Bolsa neoyorquina. En ningún momento se intentó decir que la necesidad financiera era uno de los argumentos que habían impulsado a alcanzar este acuerdo. La subvención se hizo pública en un momento en que el Dow Jones se disparaba hacia los 11.000 puntos (un aumento sin precedentes del 400 % en once años) y la Bolsa de Nueva York estaba obteniendo plusvalías insólitas de las economías de todo el planeta. Los funcionarios del Ayuntamiento y del Estado de Nueva York se refirieron al acuerdo como una «alianza» entre el gobierno y el capital.

El 4 de febrero de 1999 sucedió el cuarto y más horrendo de estos indicativos acontecimientos. Cuando Amadou Diallo, joven inmigrante guineano, regresaba a su apartamento aquella noche, fue abordado por cuatro agentes de paisano que rápidamente sacaron sus armas y le dispararon a quemarropa. Dispararon un total de cuarenta y una balas, diecinueve de las cuales acribillaron el cuerpo de Diallo. Diallo iba

<sup>2</sup> BAGLI, Charles V. «City and State Agree to \$900 Million Deal to Keep New York Stock Exchange», *New York Times*, 23 de diciembre de 1999.

NEIL SMITH

desarmado y murió al instante. Después de los hechos los oficiales alegaron que pensaban que era un sospechoso de violación, pero los testigos han declarado que tras el tiroteo los agentes registraron de arriba abajo el apartamento de Diallo en busca de drogas u otras pruebas incriminatorias que pudieran desviar la atención del hecho de que habían acribillado a un hombre inocente.

Estos cuatro acontecimientos acaecidos entre el verano de 1997 y principios de 1999 —cada uno de los cuales es impactante a su modo— sugieren hasta qué punto el tejido político, económico y social de la ciudad de Nueva York se está reestructurando en el contexto de la globalización de este cambio de siglo. La reestructuración política que animó al alcalde a fantasear sobre su propia política exterior está estrechamente relacionada con la arrogancia económica que implica la donación de casi mil millones de dólares procedentes del dinero de los contribuyentes a los principales capitalistas financieros de la ciudad, al mismo tiempo que un sistema escolar arruinado se ve obligado a embarcarse en contrataciones laborales internacionales. En el presente ensayo me gustaría utilizar el cuarto acontecimiento —y otros muchos similares— como una lente a través de la cual analizar el entorno urbano estadounidense de finales del siglo XX. Mi argumento, en forma resumida, es que en los años noventa la ciudad de Nueva York pasó a colocarse a la vanguardia de lo que podemos denominar «la ciudad revanchista». Empecemos, pues, por el urbanismo neoliberal<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> Véase mi libro *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City*. Nueva York: Routledge, 1996.

## 2. El urbanismo neoliberal

En sus informes, hábilmente sintéticos, Saskia Sassen<sup>4</sup> ofrece un argumento que constituye una referencia sobre la importancia del lugar local en la nueva globalización. El lugar, según esta autora, es esencial para la circulación de personas y capital que constituye la globalización, y la atención a los lugares urbanos en un mundo globalizante lleva consigo el reconocimiento de que la importancia de la economía nacional va disminuyendo con rapidez, a la vez que, por otra parte, se insiste en que la globalización tiene lugar a través de conjuntos sociales y económicos específicos, enraizados en lugares específicos. Ello crea una imagen familiar de la globalización, definida en función del desplazamiento económico desde la producción hacia las finanzas. Las ciudades globales aparecieron en los años setenta, cuando el sistema financiero mundial experimentó una expansión espectacular y la inversión directa en el extranjero dejó de estar dominada por un capital destinado a la extracción primaria, que fue reemplazado por un capital que se movía en y entre mercados de capital. Esto, a su vez, requería gran variedad de servicios empresariales auxiliares, concentrados en puestos de mando y control en la economía financiera, y estas nuevas formas urbanas están marcadas por bifurcaciones extremas entre la riqueza y la pobreza, por transformaciones espectaculares de las relaciones entre las clases y por la dependencia de nuevos flujos de mano de obra inmigrante. Esta es, por supuesto, la ciudad global paradigmática. Desde los años setenta, el equilibrio del poder económico se ha desplazado «desde lugares de producción como Detroit y Manchester hasta centros de finanzas y de servicios altamente especializados» como Nueva York y Frankfurt.

<sup>4</sup> SASSEN, Saskia. *The Global City: New York, London, Tokyo*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1991.

Aunque el análisis de Sassen plantea una saludable alternativa al risueño optimismo de las utopías globalizadas, en última instancia es demasiado ambiguo con respecto a la forma en que se construyen los lugares. Es como si la economía social global abarcara una plétora de contenedores —los estados-nación— en cuyo interior flota una serie de contenedores más pequeños: las ciudades. La globalización conlleva un cambio decisivo en el tipo de relaciones sociales y económicas que se establecen en estos contenedores, un reordenamiento de las actividades entre los distintos contenedores y una mayor porosidad de los contenedores nacionales, de modo que la turbulencia en el océano mundial afecta cada vez más directamente a las ciudades. Pero, salvo algunos contenedores nacionales que pueden llegar a hundirse realmente, en general los contenedores en sí se mantienen bastante rígidos e intactos incluso aunque se transformen las relaciones que los vinculan. Quisiera argumentar aquí, no obstante, que en el contexto de un nuevo globalismo estamos viviendo la aparición de un nuevo urbanismo que implica una reestructuración fundamental de los contenedores mismos. «Lo urbano» se está redefiniendo con tanta intensidad como lo planetario; los viejos contenedores conceptuales —nuestras presuposiciones de los años setenta acerca de qué es o qué era lo urbano— hacen agua por todas partes. La nueva concatenación de funciones y actividades urbanas no solo cambia el maquillaje de la ciudad, sino la definición misma de qué constituye, literalmente, la dimensión urbana.

Desde finales del siglo XIX, las ciudades, que históricamente han interpretado múltiples funciones, desde las militares y religiosas hasta las políticas y comerciales (en función de la historia y la geografía de su construcción y transformación), han ido definiéndose cada vez más en función del papel que desempeñan en la organización de la reproducción social: el aprovisionamiento y el mantenimiento de una población de clase trabajadora. Obviamente, la ciudad era también una extraordinaria centralización de medios de producción y de producti-

vidad, de trabajo cultural y lucha política —y mucho más—, pero en el momento en que la división del trabajo entre producción y reproducción social se convirtió simultáneamente en una división espacial, la dimensión de la ciudad moderna pasó a definirse en función de los límites del movimiento diario de los trabajadores entre su hogar y su trabajo.

La ciudad keynesiana del capitalismo avanzado occidental de la posguerra representaba el cenit de esta relación última entre la ciudad y la reproducción social. Este es un tema que aparece de forma recurrente en la obra de los principales teóricos urbanos europeos y estadounidenses del último tercio del siglo XX. La ciudad keynesiana constituía, en muchos aspectos, una combinación entre oficina de contratación y oficina de bienestar social para cada uno de los capitales nacionales, y en ella se combinaban las funciones de apoyo y reproducción social de un mercado de trabajo nacional. En realidad, la así llamada crisis urbana de finales de los sesenta y los setenta fue interpretada por muchos como una crisis de la reproducción social, que estaba relacionada con la disfunción que significaban el racismo y el patriarcado y con la contradicción implícita en el hecho de ser una forma urbana que había sido creada de acuerdo con estrictos criterios de rentabilidad pero que tendría que justificarse en función de la eficiencia y la eficacia de la reproducción social.

La erosión parcial de la escala nacional en términos económicos, en el contexto de la nueva globalización, está teniendo un impacto directo y rápido sobre las ciudades, y para comprender cómo y por qué es preciso identificar las distintas dimensiones de la escala nacional debilitada. En primer lugar, obviamente, la mejora de las comunicaciones y la desregulación han incrementado la movilidad del capital y han ampliado enormemente la variedad de capitales que son libres para desplazarse allí donde los costes menores de la reproducción social reducen, a su vez, los costes de producción. En segundo lugar, debido a los flujos de emigración de mano de obra que

NEIL SMITH

han tenido lugar durante el último cuarto del siglo XX —sin precedentes en la historia— las economías locales se han liberado cada vez más de su dependencia automática de mano de obra nativa. Es posible que todavía no exista un único mercado laboral global, pero existen numerosos mercados laborales internacionales, todos ellos interdependientes a escala global. En su conjunto, estos cambios contraponen el estado nacional, que tiene autoridad sobre los medios de producción y consumo de ámbito nacional, y el ámbito internacional ampliado de la producción social. En tercer lugar, los estados locales (incluidos los gobiernos municipales), forzados a una modalidad más competitiva con respecto al capital y al trabajo, han ofrecido zanahorias al capital y han aplicado el palo al trabajo; se han vuelto mucho más selectivos en cuanto al grado y el nivel de subvenciones a la reproducción social, porque pueden recurrir en mayor medida a mano de obra importada cuyos costes de reproducción han sido cubiertos en otro lugar. En cuarto lugar, las mismas presiones, aplicadas al estado nacional, han llevado a una enorme erosión de la provisión de capital social en ese mismo ámbito, con lo que se intensifica la presión sobre los gobiernos municipales para que reduzcan aún más sus responsabilidades con respecto a la reproducción social. Por último, en el curso de reestructuración de la producción iniciada en los años setenta, y en una situación de franco retroceso de los conflictos raciales y de clases, los gobiernos municipales han tenido un incentivo adicional para abandonar al sector de la población desechado tanto por la reestructuración de la economía como por la destrucción de los servicios sociales. Este nivel de conflicto, comparativamente más bajo, resultó decisivo en el hecho de que el gobierno no diese prácticamente ninguna respuesta a los disturbios de Los Ángeles posteriores a 1992, por ejemplo, lo que contrasta vivamente con la respuesta que tuvo durante los años sesenta.

Por consiguiente, dos cambios que se refuerzan entre sí han reestructurado las funciones y los papeles activos de las ciuda-



des. En primer lugar, los sistemas de producción que con anterioridad se definían a escala regional, como ya hemos visto, se vieron cortados de raíz con respecto a su contexto nacional último, lo cual desembocó no solo en la desindustrialización, sino en el proceso de reestructuración y desestructuración generalizadas a nivel regional, proceso integrado en una reelaboración de las jerarquías de escala establecidas. En lugar de estos sistemas de producción han surgido «regiones» de producción que son poco más que centros metropolitanos ampliados, o regiones que abarcan varios de tales centros. La escala metropolitana vuelve a dominar sobre la escala regional, en vez de lo contrario. La producción global se organiza cada vez más en el ámbito metropolitano. En gran medida, Silicon Valley, Bangkok y São Paulo reemplazan y suplantán a las regiones del noreste de Estados Unidos, los Midlands ingleses y la cuenca del Ruhr. Así, por una parte la economía mundial reestructurada ya está rehaciendo las ciudades del siglo XXI como plataformas dirigentes de la producción global.

Pero en segundo lugar también está teniendo lugar la consecuencia lógica de todo ello. Los estados nacionales, que desde principios de los setenta hasta los noventa han tenido que afrontar bruscas crisis económicas salpicadas, a su vez, por rachas de rápida expansión de los mercados, han entrado en un proceso de creciente desmembramiento respecto de las economías de los territorios, y, debido al grado de migración de capital y trabajo, ya no se hacen cargo necesariamente de los costes de reproducción social relacionados con las fuerzas de trabajo que ocupan el territorio del estado. En Estados Unidos, la negativa del presidente Ford a sacar de sus apuros a la ciudad de Nueva York en el curso de una profunda crisis fiscal (inmortalizada en el famoso titular del Daily News: «Ford to City: Drop Dead» [«Ford le ha dicho a la ciudad: Muérete»]), seguida del fracaso del plan urbano que intentó llevar a cabo el presidente Carter en 1978, fue el primer indicio de que la economía nacional se estaba desvinculando e independizan-

NEIL SMITH

do cada vez más de sus ciudades; todo ello fue rápidamente seguido por la desaparición generalizada de la política urbanística liberal. El cínico recorte del sistema de bienestar social que Clinton emprendió dieciocho años más tarde puso el listón muy alto para el neoliberalismo.

El urbanismo del siglo XXI parece destinado a reapropiarse de los argumentos en favor de las ciudades propios de los primeros tiempos del capitalismo industrial en Europa, una época en la que, no por casualidad, la autoridad económica del estado sobre las ciudades era también débil. La denominada ciudad posindustrial podría ser la más industrial de las ciudades. En esta reestructuración combinada de la dimensión y la función urbanas, la punta de lanza no reside en las antiguas ciudades del capitalismo avanzado, en las que la desintegración de las regiones tradicionales basadas en la producción y la creciente dislocación de la reproducción social con respecto a la escala urbana son procesos parciales y dolorosos, y es poco probable que no susciten oposición. En muchas ciudades de Asia, América Latina y África, donde el estado del bienestar keynesiano nunca llegó a consolidarse de forma significativa, y donde el vínculo último entre la ciudad y la reproducción social nunca fue primordial, las trabas que presentan formas, estructuras y paisajes antiguos es mucho menor. Estas economías metropolitanas funcionarán como las nuevas plataformas de producción de una nueva globalización. A diferencia de la «suburbanización» que se dio en los años de posguerra en Norteamérica y Europa, la espectacular expansión urbana de principios del siglo XXI estará encabezada de nuevo por la expansión de la producción social, más que por la de la reproducción. Al menos en este sentido, la revolución urbana que, según anunciaba Lefebvre<sup>5</sup>, redefiniría las luchas ciudadanas y urbanas en función de la reproducción social, o

<sup>5</sup> LEFEBVRE, Henri. *La Révolution Urbaine*. París: Gallimard, 1971; HARVEY, David. *The Urbanization of Capital*. Oxford: Basil Blackwell, 1985; CASTELLS, Manuel. *The Urban Question*. Londres: Edward Arnold, 1977.

incluso la definición de Castells<sup>6</sup> de lo urbano desde el punto de vista del consumo colectivo, parecen ahora argumentos históricamente obsoletos.

Si con la aparición del keynesianismo «el capitalismo cambió de engranajes» «[para pasar] de ser una urbanización “basada en la oferta” a ser una urbanización “basada en la demanda”», como David Harvey<sup>7</sup> ha observado en alguna ocasión, el urbanismo del siglo XXI invierte esta tendencia. En la ciudad keynesiana, la expansión geográfica descontrolada de los barrios periféricos en las ciudades occidentales podía llegar a socavar la ley del valor, en tanto que la diferencia entre precios de vivienda más bajos y costes de transporte más elevados desestabilizaba el valor de la fuerza de trabajo, con lo que contribuía, así, a las crisis económicas; pues bien, el mismo argumento es aplicable cada vez más a la ciudad del siglo XXI. La producción de espacio metropolitano sigue limitando potencialmente la ley del valor, con la salvedad de que, más que la reproducción social, el factor que potencialmente ejerce presión sobre la ley del valor es cada vez más a menudo la disuasión de la producción que se inspira en argumentos medioambientales. Algunos de los síntomas pueden ser similares (atascos de tráfico, alquileres exorbitantes), pero los efectos de tales limitaciones se transforman si los modos de producción están muy descentralizados e interrelacionados cuando se agrupan en torno a una zona metropolitana ampliada en vez de estar concentrados en zonas industriales.

Esta reestructuración de escala, y el fortalecimiento de la escala urbana (la ambición de Giuliani de tener su propia polí-

<sup>6</sup> CASTELLS, Manuel. *The Rise of the Network Society*. Oxford: Basil Blackwell, 1996. P. 239

<sup>7</sup> HARVEY, David. *The Urbanization of Capital: Studies in the History and Theory of Capitalist Urbanization*. Baltimore, Md.: John Hopkins University Press, 1985. P. 202, 209.

NEIL SMITH

tica exterior), representa solamente uno de los hilos del nuevo urbanismo del siglo XXI. Enlaza perfectamente con la valoración del geógrafo político Peter Taylor —más afinada a nivel cultural—<sup>8</sup>, que argumenta que «las ciudades están reemplazando a los estados en la construcción de identidades sociales». Es probable que ciudades como São Paulo y Shanghai, Lagos y Bombay acaben desafiando a los centros urbanos más tradicionales no solo en magnitud y densidad de la actividad económica —eso ya lo han hecho—, sino sobre todo como incubadoras destacadas de la economía planetaria, progenitoras de nuevas formas, procesos e identidades de lo urbano. Estas son ya ciudades en las que el desplazamiento para ir a trabajar resulta excesivo para muchas personas sin que por ello llegue a cuestionarse de manera obvia la ley del valor. De igual modo que la intensa atención que se prestó en los años sesenta y setenta a la investigación y las políticas urbanas dio paso rápidamente a una preocupación por el cambio regional, como reacción ante el nuevo regionalismo industrial de la economía de finales del siglo XX, esta cosmovisión regional ha quedado, a su vez, anticuada, y dará paso en el siglo XXI a una perspectiva a la vez metropolitana y mundial, a la vez local y global. Ya se observan indicios significativos de ello. En 1975, rara era la ciudad que enviara sus propias misiones comerciales a otras ciudades y países en iniciativas de fomento del comercio, pero un cuarto de siglo más tarde rara es la gran ciudad que no lo hace. Nadie argumenta seriamente que el siglo XXI vaya a ser escenario de un retorno a un mundo de estados-ciudades, pero sí será escenario de una recuperación de la prerrogativa política urbana con respecto a las regiones y a los estados-nación.

<sup>8</sup> TAYLOR, Peter. «World Cities and Territorial States: The Rise and Fall of Their Mutuality». En: Paul Knox y Peter Taylor (eds.). *World Cities in a World System*. Cambridge: Cambridge University Press, 1995. P. 8.

### 3. La ciudad revanchista

Pero ¿qué política sigue esta nueva ciudad neoliberal? El argumento que quiero plantear aquí, en gran parte a partir del caso de Nueva York, es que el revanchismo se ha convertido en una nueva y prominente «moraleja» política del urbanismo neoliberal. *Revanche*, en francés, significa «venganza», por supuesto, y los «revanchistas» originales fueron un movimiento político reaccionario francés de las tres últimas décadas del siglo XIX. Furiosos por el creciente liberalismo de la Segunda República, por la ignominiosa derrota a manos de Bismarck y —para colmo— por la Comuna de París (1870-1871), en la que la clase obrera parisina venció al gobierno derrotado de Napoleón II y se hizo con la ciudad durante meses, los revanchistas organizaron un movimiento de venganza y reacción tanto contra la clase obrera como contra la desacreditada realista. La Ligue des Patriotes era tan militarista como nacionalista, un populismo profundamente reaccionario cuyo objetivo era retomar el país en nombre de los «valores tradicionales»: las sencillas virtudes del honor, la familia, el ejército y la República.

En el vacío dejado por el declive y el desmantelamiento de la política urbana liberal, las políticas municipales de Nueva York a principios de los noventa dieron un giro similar hacia el revanchismo. Los dos ingredientes vitales del revanchismo —reacción y venganza— se convirtieron en el nuevo punto de apoyo de la política urbana y estallaron en forma de brutalidad policial dirigida contra inmigrantes, trabajadores, personas de color y cualquier otro grupo de personas que pudiese percibirse que les habían «robado» la ciudad a sus legítimos propietarios (de clase media y blancos). El asesinato de Amadou Diallo por cuatro agentes de policía de la ciudad de Nueva York fue solo el último de una serie de brutales ataques policiales contra víctimas inocentes. Igualmente aterrador fue el caso de Abner Leuima, un inmigrante haitiano a quien varios

NEIL SMITH

agentes de policía golpearon, torturaron y sodomizaron con el mango de una escoba en los baños de la comisaría. Dos agentes han sido condenados ahora por ese caso, pero los autores del asesinato de Diallo siguen en la Policía. La brutalidad policial se ha convertido en norma cotidiana en muchas comunidades de la ciudad. Cada año se producen docenas de tiroteos policiales contra víctimas inocentes, y el factor racial (la detención de personas por su raza) es un procedimiento operativo normal. Miles de otros ciudadanos inocentes son sometidos a palizas, detenciones erróneas, encarcelamiento injustificado e invasiones sumarias de sus hogares. Tras el espectacular aumento de la brutalidad policial en la ciudad de Nueva York en los años noventa, el Ayuntamiento de Nueva York pagó una suma sin precedentes de 96,8 millones de dólares entre 1994 y 1997 para resolver litigios contra la policía. La mayoría de los neoyorquinos tiene ahora la sensación de que la policía está fuera de control.

La brutalidad policial no es accidental. En la ciudad revanchista la política que se sigue es la brutalidad policial, y el alcalde ha jurado no solo apoyar a la policía sin críticas, sino reforzar sus medios de violencia. Ha respaldado con entusiasmo una solicitud del Departamento de Policía de Nueva York (NYPD) para distribuir balas dum-dum entre los agentes<sup>9</sup>. La bala dum-dum, de punta ahuecada, está diseñada para explotar al primer impacto con el cuerpo humano y hacer estallar así la carne con la que entra en contacto. En un increíble ejemplo de doble lenguaje orwelliano, el jefe de policía declaró que las balas dum-dum son «más seguras» porque causan mayor daño en sus dianas, y que es menos probable que las balas dum-dum atraviesen el cuerpo de la víctima para «alcanzar a víctimas inocentes». Lo que el jefe de policía no añadió fue que muchas de las balas alcanzarían en primer lugar a víctimas

<sup>9</sup> COOPER, Michael. «New York Police Will Start Using Deadlier Bullets», *New York Times*, 9 de julio de 1998, A1.

inocentes como Amadou Diallo, y que las dum-dum dejan un enorme orificio al salir del cuerpo. Estas balas fueron desarrolladas inicialmente por el ejército colonial británico en Bengala en el siglo XIX (reciben su nombre de la ciudad donde se fabricaban) y se utilizaron para la brutal eliminación colonial de los hindúes. Las balas dum-dum son un arma de venganza realmente atroz.

Suele considerarse que el revanchismo que actualmente caracteriza al gobierno de la ciudad de Nueva York se remonta a la «campana de tolerancia cero» de Giuliani, iniciada con el inocuo nombre de «Estrategia policial n.º 5» y destinada a «recuperar los espacios públicos de Nueva York». Pero ello no es del todo correcto, por dos razones. En primer lugar, el revanchismo de Nueva York se estaba incubando ya con anterioridad a la campana de tolerancia cero: sus orígenes se encuentran en las despiadadas campanas de los predecesores de Giuliani (ambos demócratas) contra los sin techo y los okupas de la ciudad. Desde entonces, por supuesto, la campana se ha multiplicado y los objetivos de Giuliani se extienden a los vendedores ambulantes de comida, los estudiantes, los peatones imprudentes, los ciclistas, los jardines públicos y, como seguramente el lector habrá visto en los periódicos, las galerías de arte contemporáneo. (Este último ataque contra instituciones culturales de élite podría haberse copiado literalmente de la francesa Ligue des Patriotes.) Las campanas iniciales sobre «calidad de vida» incluían cierta exigencia quijotesca en el sentido de que los ciudadanos «sean buenos, porque si no...», pero ya no es así. En segundo lugar, por consiguiente, a medida que se han intensificado los asesinatos y ataques policiales contra ciudadanos inocentes, el revanchismo se ha distanciado notablemente de la tolerancia cero. Tal como lo ha expresado un analista, «La erosión de los derechos y las libertades en la ciudad de Nueva York ha llegado a ser mucho más grave y mucho más peligrosa de lo que la mayoría de la gente advierte.» En este mismo año, hasta el presidente del notoriamente reaccionario sindica-

to policial expresaba el temor de que las estrategias represivas del Ayuntamiento a finales de la década de los noventa fueran «un anteproyecto de estado policial y tiranía»<sup>10</sup>.

La seriedad de la ciudad revanchista no ha embotado del todo, no obstante, el sentido del humor de la oposición, y Giuliani es un objetivo exquisito. En tanto que los chistes sobre sus tendencias políticas se propagaban tan rápidamente como los relacionados con los puros de Clinton (¿qué haríamos para divertirnos si no tuviésemos a los políticos estadounidenses?), hasta el eternamente serio *New York Times* se preguntaba en sus portadas si Giuliani era el «Mussolini de Manhattan»<sup>11</sup>. En páginas interiores se aventuraba incluso a llamarle «Hitler del Hudson». Por supuesto, a menudo la venganza se alimenta de paranoia, y también ello se ha convertido en una fuente de humor. Y así, en 1998, el alcalde anunció casualmente que había asignado 15,1 millones de dólares del presupuesto municipal para construirse un búnker —un «centro de control de emergencia» a prueba de bombas— que se utilizaría en caso de un ataque terrorista contra Nueva York. Las risas no hicieron sino aumentar cuando se hizo patente que la paranoia se mezclaba con la estupidez: el «búnker» de Giuliani estaba instalado en el piso 23 del World Trade Center<sup>12</sup>.

<sup>10</sup> COOPER, Michael. «Vote by PBA Rebukes Safir and his Policy», *New York Times*, 15 de abril de 1999; COPPER, Michael. «Study says Stricter Oversight of Police Would Save City Money», *New York Times*, 16 de noviembre de 1998; HERBERT, Bob. «The Big Chill», *New York Times*, 31 de mayo de 1998.

<sup>11</sup> BARRY, Dan. «The Mussolini of Manhattan? Giuliani Grins and Bears It», *New York Times*, 24 de junio de 1998, B1.

<sup>12</sup> «Si lo que quiere es construir un búnker para la única gente en la que confía», bromeó el portavoz municipal [City Council Speaker], Peter F. Vallone, «todo lo que necesita es una cabina telefónica». ROANE, Kit R. «Preparing for Worst, Giuliani Is to Build Blast Proof Shelter», *New York Times*, 13 de junio de 1998, A1; «Mayor Defends Plan to Build Crisis Center», *New York Times*, 14 de junio de 1998.



#### 4 Conclusión: revanchismo y nuevo globalismo

He comenzado presentando cuatro estampas de Nueva York: las enormes subvenciones concedidas al capital mundial; la destrucción y el dismantelamiento sistemático de servicios públicos (por ejemplo, la educación) y la crisis de la reproducción social; y las nuevas ambiciones políticas de las ciudades en la economía global. La cuarta estampa es el asesinato de Amadou Diallo. El argumento general que deseo plantear aquí es que la ciudad revanchista, quizás más visible en Nueva York que en ningún otro lugar, no solo no es un accidente a escala local, sino que tampoco lo es a escala global. Forma parte de todo un nuevo régimen de desarrollo desigual que encaja con el nuevo globalismo. Conjuntamente con una mayor represión política, representa elementos centrales de un nuevo régimen de desarrollo desigual que se vuelve cada vez más visible en las economías capitalistas avanzadas. Ni las subvenciones del capital, ni los ataques contra la reproducción social ni la represión policial son fenómenos nuevos. Todos estos elementos tienen una larga historia que coincide con el capitalismo y va más allá. Pero, al combinarse y expresar una nueva identidad de las ciudades en la economía global, expresan una nueva etapa del desarrollo desigual que, aunque en modo alguno convierte al estado-nación en algo obsoleto, desplaza la dinámica geográfica del desarrollo desigual desde las economías nacionales y regionales hacia el nexo entre lo global y lo local.

Ha sido tal vez Erik Swyngedouw<sup>13</sup> quien de forma más inequívoca ha expuesto este argumento. (A diferencia de este,

<sup>13</sup> SWYNGEDOUW, Eric. «The Mammon Quest. "Glocalisation", Interspatial Competition and the Monetary Order: The Construction of New Scales». En: M. Dunford y G. Kafkalas (eds.). *Cities and Regions in the New Europe*. Londres: Belhaven Press, 1992; SWYNGEDOUW, Eric. «Neit-

el reciente análisis de Robert Brenner sobre el desarrollo desigual pasa totalmente por alto dicho cambio, y como resultado ofrece una visión del capitalismo del siglo XXI que se parece mucho al globalismo de mediados de siglo XX, aunque con estadísticas diferentes.)<sup>14</sup> A pesar de que los pormenores del revanchismo de Giuliani tienen mucho que ver, sin duda, con su belicosa personalidad, también representan una mayor represión urbana cuya lógica es coherente con el nuevo urbanismo neoliberal. Como siempre sucede, cualquier extrapolación de la experiencia de Nueva York tiene enormes limitaciones, pero la aparición de formas y prácticas estatales más autoritarias no resulta difícil de entender en el contexto del redimensionamiento de las geografías global y local. Según Swyngedouw, la sustitución de la disciplina del mercado por la disciplina de un estado del bienestar vaciado de contenidos excluye deliberadamente a segmentos importantes de la población, y el temor a la resistencia social provoca un mayor autoritarismo del estado. Al mismo tiempo, la nueva fuerza de trabajo urbana abarca cada vez más a trabajadores marginales y contratados a tiempo parcial, que no se integran plenamente en los decrecientes sistemas de la disciplina económica estatal, así como a inmigrantes que no son producto de los sistemas locales de reproducción social, que a menudo se mantienen en sus márgenes y cuyas redes culturales y políticas ofrecen sistemas alternativos de disciplina o incluso de resistencia.

El nuevo globalismo, por tanto, no solo representa una reestructuración de la producción en los ámbitos global y

---

her Global Nor Local: "Glocalisation" and the Politics of Scale». En: K. Cox (ed.). *Spaces of Globalization: Reasserting the Power of the Local*. Nueva York/Londres: Guilford/Longman, 1997.

<sup>14</sup> BRENNER, Robert. «Uneven Development and the Long Downturn: The Advanced Capitalist Economies from Boom to Stagnation, 1950-1998», *New Left Review* 229.

local, con la consiguiente reestructuración de las economías locales. Conlleva también la reestructuración y la desestructuración de los sistemas y medios de reproducción social establecidos, y de la articulación de la reproducción social con la producción. Pero ello implica que el control y la autoridad de carácter social, que antaño se plasmaban en unos sistemas nacionales de reproducción social rebosantes, se degradan y crean un vacío de control social potencial. A medida que el renovado nexo global-local sigue erosionando ciertas prerrogativas del estado nacional, la responsabilidad sobre el control social se desplaza hacia la dimensión global (obsérvese la reafirmación de la ONU y la OTAN en los años noventa) y hacia la dimensión local. En el ámbito local, el control social puede reafirmarse de muchas formas con la aparición del urbanismo neoliberal, y la disciplina del mercado es ciertamente una de esas formas. Pero también lo es la ciudad revanchista.

A principios del siglo xx, el distinguido historiador Brooks Adams observó que un «ciclón de cambio económico» en la economía global anunciaba «un nuevo imperio americano»<sup>15</sup>. Se anticipaba así a lo que Henry Luce confirmaría luego como el «siglo americano». «El vórtice del ciclón se encuentra cerca de Nueva York», clamaba en 1902. Tanto si el «ciclón económico» actual es una continuación del siglo americano como si se trata de un presagio de su final, a los neoyorquinos, empezando por su alcalde, les encantaría pensar que el vórtice de ese ciclón sigue estando en Nueva York. La avalancha de capital mundial a la Bolsa de Nueva York y a los bancos e instituciones financieras de Wall Street que la rodean proporciona, ciertamente, un vórtice de futuros globales extremadamente local. Pero a medida que las ciudades de Asia y América Latina adquieren un papel más sobresaliente

<sup>15</sup> ADAMS, Brooks. *The New Empire*. Nueva York/Londres: The Macmillan Company, 1902.

NEIL SMITH

en la producción global y crean sus propios vórtices, tal vez no sea ocioso pensar que la respuesta a la ciudad revanchista en Nueva York podría contribuir al vórtice del cambio tanto político como económico.